



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

REPORTAJE A BOLÍVAR

por

MARIANO BAPTISTA GUMECIO



Bolivia

CORDIALMENTE comprometido por el honorable Senado de la República de México a escribir algunas páginas sobre las ideas y el legado de Simón Bolívar y, hallándome como me hallo, lejos de mis fuentes, acudí a la Biblioteca del Congreso para buscar algunas de las obras dedicadas al Libertador. A medida que avanzaba en mi investigación, encontré que me había arrojado a un océano casi insondable: medio millón de libros, todos dedicados a Bolívar y su huella en América. Bolívar pertenece a ese linaje de personalidades sobre las que más se ha escrito en el mundo y su legado es tan vasto, y su nombre tan sagrado, que de él se han apoderado los pueblos pero también los tiranos, los amantes de la libertad y los liberticidas, los dictadores y los revolucionarios de barba y metrallera. Por eso es que, al inaugurar una estatua de Bolívar de México, hace varias décadas, Andrés Eloy Blanco señalaba ese hecho curioso, pero añadía que el pueblo —y cito de memoria— cuando nadie lo veía, se llegaba a la estatua del hombre a caballo, lo desmontaba y se lo llevaba a su casa, para hacer allí el Bolívar de pan para sus hambres, el Bolívar de cristal para sus espejismos y el Bolívar de aire para sus agonías.

Abrumado por esas cantidades inabarcables de papel impreso y deformado por mi ejercicio profesional de varias décadas de periodismo, resolví entonces cumplir con este enaltecedor compromiso, embarcándome en la máquina del tiempo de Wells, para dar encuentro al Libertador y recoger de sus propios labios el mensaje que nos

dejó para este último cuarto del siglo xx. Tuve la suerte de verlo poco antes de su entrada a La Paz, cuando todavía estaba con la impresión que le había dejado el discurso del cura Choquehuanca, quien le vaticinó que su gloria crecería como la sombra cuando el sol declina. Mi entrevista tuvo lugar en el Cabildo de La Paz, mientras en la plaza mayor bullía la multitud alborozada y los soldados colombianos observaban asombrados a los conjuntos nativos que tocaban en sus instrumentos de viento, melodías del antiguo incario. Encontré a un hombre de apenas 42 años, de maneras sencillas pero llenas de prestancia y don de gentes, con el cuerpo espigado, hecho de manojos de nervios y de músculos, con el pelo color castaño, la tez tostada por los vientos andinos y los rayos invernales del sol cordillerano que no calienta, sino quema. Su cuerpo enfundado en un uniforme elegante y sobrio, pese a que recorrió muchas horas a caballo por el Altiplano, seguido fervorosamente por las multitudes cobrizas y el ejército vencedor de Ayacucho, no mostraba señales de fatiga, y aunque se hallaba en la cúspide de su carrera militar y política, idolatrado por la multitud adicta y temido por sus enemigos, mantenía una preocupación diligente por los asuntos del Estado, la atención de sus soldados y la buena administración de la nación a la que acaba de llegar y que aún no había sido bautizada.

Me identifiqué como periodista pero de pronto no atiné a decir nada más. Al notar mi azoramiento, Bolívar muy amablemente empezó a hablar del rol de los periódicos:

—La prensa es tan útil como los pertrechos —me aseguró—. Ella ha menester la protección de un gobierno ilustrado que conoce que la opinión es la fuente de los más importantes acontecimientos.

A fin de que entrara en confianza, me dio enseguida un consejo para el tratamiento de las noticias:

—A todas las cosas se les debe dar las formas que corresponden a su propia estructura y estas formas deben ser las más agradables para que capten la admiración y el encanto . . . La primera de todas las fuerzas es la opinión pública.

Sobrecogido por la impresión que me produjo este hombre menudo que se enfrentó a las mayores adversidades, venciendo a los hombres y a la naturaleza, atiné a preguntarle si creía en la mala suerte o en la fatalidad, y él me contestó:

—Sócrates llamaba a sus presentimientos su *demonio*; yo no tengo tal demonio porque poco me preocupan: estoy convencido de que los sucesos venideros están cubiertos por un velo impenetrable y tengo por imbécil o por loco al que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe y teme por su existencia, porque ha tenido tal o cual sueño, porque un cierto impulso aventurero de voluntad, manifestado con ausencia de su razón, le ha presentado un peligro futuro, porque en su interior, algo le ha dicho que no haga tal o cual cosa, que no vaya más adelante y vuelva atrás, que no dé batalla un viernes o en domingo, sino otro día, que no duerma sobre el lado izquierdo del campo sino sobre el derecho, y finalmente, otras bobadas de igual especie. Los pocos ejemplos que se me podrían citar para combatir mi opinión son fruto del acaso y por lo mismo no pueden convencerme: entre millones de presentimientos y sueños, la casualidad sólo ha hecho que unos muy pocos se hayan realizado y se citan estos últimos y no los primeros: centenares de millones han salido fallidos y no se habla de ellos, un ciento o dos han salido acertados y sólo se citan éstos. Tal es el espíritu humano, amigo

y entusiasta de lo sobrenatural y de la mentira, indiferente sobre las cosas naturales y la verdad.

Anoté diligentemente este largo párrafo que Bolívar concluyó con una frase más:

—Por lo demás, el hombre de bien y de valor debe ser indiferente a los choques de la mala suerte.

Le pregunté si le interesaba la popularidad y él me contestó que la pasión de su vida fue la libertad del Continente y que él luchó tan sólo por lograrla.

—Yo no me puedo hacer amar personalmente —prosiguió— porque estoy haciendo una reforma de usos y costumbres abominables y antiguos. El ejército y la administración necesitan de una reforma radical que estoy ejecutando. Por consiguiente, los intrigantes me aborrecen . . . —añadió.

Le pregunté si se sentía ahora más seguro que cuando debía luchar en condiciones tan adversas contra los españoles y contra sus propios compatriotas, y me respondió:

—Soy más filósofo cuando soy feliz que cuando soy desdichado. Si estoy triste es por los demás. El hado me ha elevado a tal altura que para mí resultaría difícil ser desdichado.

Reflexionó un momento más y cambiando de humor me dijo:

—Cuanto más me elevo, más hondo se ve el abismo.

Fuera del bien inmarcesible de la libertad de los pueblos, le pregunté cuál fue su logro más importante:

—Ante todo, la abolición de la esclavitud —manifestó—. ¿Qué derecho se alegraría para su conservación? Mírese este delito por todos sus aspectos y no me persuado que haya un solo ciudadano tan depravado que pretenda legitimar la más insigne violación de la dignidad humana. ¡Un hombre poseído por otro! ¡Un hombre propiedad! ¡Una imagen de Dios puesta al yugo como el bruto!

Le demandé si pensaba que es justo tener a los campesinos como siervos. Respondió:

—En Cundinamarca he dispuesto que se devuelvan a los naturales, como propietarios legítimos, todas las tierras que formaban los resguardos, según los títulos, cualquiera que sea el que aleguen para poseerlas los actuales tenedores y que se reparta a cada familia, tanta extensión de terreno, cuanto cómodamente pueda cultivar cada una, teniendo presente el número de personas de que consta la familia.

—En el Perú —continuó— cada indígena de cualquier sexo o edad que sea, debe recibir un topo de tierra en los lugares pingües y regados. En los lugares privados de riego y estériles, recibirán dos topos.

Le pregunté como es posible respaldar y hacer factible la libertad, y él replicó:

—He conservado intacta la ley de leyes: la igualdad. Sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios.

¿Pero es posible, inquirí, que el enfermo sea igual que el sano, el tonto que el inteligente, el desheredado que el rico?

—La igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física —replicó Bolívar—. Si el principio de la igualdad es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, en temperamentos, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social.

¿Cuál es su ideal de gobierno, general?

—El sistema de gobierno más perfecto —me indicó es aquel que produce mayor suma de felicidad posible,

mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.

Pero, le interrumpí, casi siempre han gobernado minorías y oligarquías.

—Es cierto que infortunadamente la libertad y las garantías son sólo para magnates y ricos y nunca para los pueblos cuya esclavitud es peor que la de los mismos indios que han quedado esclavos bajo todas las constituciones y que en América hay una aristocracia de rangos, de empleos y de riqueza, equivalente por su influjo, pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento más despótica de Europa, y que en esa aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos, pues aunque hablan de libertad de garantías, es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo que, según ellos, debe continuar bajo su opresión; quieren también la igualdad para elevarse y aparearse con los más caracterizados, pero no para nivelarse ellos con los individuos de las clases inferiores de la sociedad: a éstos los quieren considerar siempre como sus siervos, a pesar de todo su liberalismo.

Y añadió sentencioso:

—Aunque sea errada esta máxima, la he mantenido siempre: en los gobiernos no hay otro partido que someterse a lo que quieren los más. Tan sólo el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte pero no un poderoso, ni un partido, ni una fracción. Nadie sino la mayoría es soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo y su potestad, usurpación.

Toqué entonces el tema del flagelo que constituyen todavía hoy, en 1983, los males de la corrupción administrativa y el nepotismo. Bolívar pensó un momento y me contestó:

—La corrupción de los pueblos nace de la indulgencia

de los tribunales y de la impunidad de los delitos . . . La hacienda nacional no es de quien es gobierno y todos los depositarios de los intereses públicos deben demostrar el uso que han hecho de ellos. En cuanto al nepotismo —añadió— creo que Napoleón se quejaba mucho de no haber sido ayudado por los de su familia, que había colocado en varios tronos de Europa. Yo no he colocado casi ningún pariente en los altos destinos de la república. No se me acusará de haber elevado a individuos de mi familia. Al contrario, se me puede reprochar el haber sido injusto para con algunos de ellos que seguían la carrera militar.

Le pregunté sobre la idea más cercana quizá a su corazón, la unidad de los pueblos del nuevo mundo. Dejándose llevar por su fantasía poética, contestó:

—La patria es la América . . . Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana . . . ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.

Pero, volviendo a la realidad, asentó este concepto:

—Después de años de sacrificios consagrados a la libertad de América para obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo

destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

”Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros gobiernos; cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo nombre sólo calme nuestras tempestades.”

Aventuré una duda interrumpiéndole: ¿Pero es esto posible en un escenario tan vasto y con la funesta herencia de los localismos?

—Qué idea más grandiosa —continuó musitando el Libertador, como si no me hubiese escuchado— la de moldear al nuevo mundo en una gran nación, enlazada por un solo y gran vínculo, profesando la misma religión, unida por la lengua, el origen y las costumbres y un solo gobierno para incorporar los nuevos estados que puedan formarse.

A lo que añadió con tristeza:

—Pero esto es imposible, porque lo remoto de sus regiones, lo diverso de sus situaciones, lo contencioso de sus intereses, lo diferente de sus caracteres, dividen a la América.

¿Entonces la unión es imposible?, volví a interrogar.

—No —me respondió—. Hagamos una federación de naciones. Nacimos juntos a la historia. Juntos tenemos que navegar el proceloso futuro. Juntos debemos aparecer ante el resto de la humanidad en unión que haga la fuerza y nos conceda la autoridad requerida para actuar eficazmente en pro de la felicidad mundial.

¿Cómo podría iniciarse esta unión?

—Hay que poner desde ahora los cimientos de un Cuerpo Anfictiónico o Asamblea de plenipotenciarios que

de impulso a los intereses comunes de los Estados americanos, que dirima las discordias que pueden suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas hábitos, y que por falta de una institución tan santa pueden quizá encender las guerras funestas que han desolado otras regiones menos afortunadas.

¿Puede justificarse, le pregunté, la intervención de un Estado en los asuntos de otro? Y él me respondió:

—La legitimidad de un gobierno deben examinarla sus súbditos y no los extranjeros. Yo no sé los títulos que tenga ningún extraño para pedir los títulos de nacimiento de ningún gobierno.

Toqué a continuación el tema de la educación. En 1983 los países americanos siguen gastando sumas inmensas en este rubro, las tasas de deserción escolar son altísimas, el analfabetismo continúa vigente, los profesionales emigran y faltan brazos que fecunden la tierra. Libertador, le dije: ¿cuál es su fórmula para la educación primaria?

—Debe enseñarse a niños y niñas a pronunciar, leer y escribir correctamente las reglas más usuales de la gramática y los principios de la aritmética . . . que se les instruya también en los derechos y deberes del hombre y del ciudadano y se les inspire ideas y sentimientos de honor y probidad, amor a la patria y a las leyes y al trabajo; respeto a los padres, a los ancianos, a los magistrados y adhesión al gobierno.

Le interrumpo para decirle, ¿tienen responsabilidad los padres de familia? ¿O usted, como Rousseau, piensa que el discípulo ideal debe ser, entre otras cosas, huérfano?

—Es absolutamente indispensable —respondió— la cooperación de las madres para la educación de los niños en sus primeros años, y siendo éstos los más preciosos para

infundirles las primeras ideas, y los más opuestos por la delicadeza de sus órganos, deberá cuidarse de publicar y hacer comunes y vulgares en toda la república, algunas instrucciones breves y sencillas, acomodadas a la inteligencia de todas las madres de familia, sobre uno y otro objeto.

¿Cómo deben ser las escuelas?

—La forma, la proporción y situación de estos establecimientos, será la más conveniente con su objeto y se consultará en ellos, no solamente la solidez y extensión, sino la elegancia, el aseo, la comodidad y el recreo de la juventud.

¿En qué debe consistir la educación de los niños y adolescentes?

—Debe ser siempre adecuada a su edad, inclinaciones, genio y temperamento. Al llegar al ciclo medio, aprenderán idiomas modernos sin descuidar el suyo. Los idiomas muertos deben estudiarse después de poseer los vivos. La geografía y la cosmografía deben ser de los primeros conocimientos que haya de adquirir un joven. La historia, a semejanza de los idiomas, debe principiarse a aprender por la contemporánea, para ir rematando por grados hasta llegar a los tiempos oscuros de la fábula.

”Jamás es demasiado temprano para el conocimiento de las ciencias exactas; porque ellas nos enseñan el análisis de todo, pasando de lo conocido a lo desconocido, y por ese medio aprendemos a pensar y a raciocinar con lógica.

”Mas debe tenerse presente la capacidad del alumno para el cálculo, pues no todos son singularmente aptos para las matemáticas.

”Generalmente todos pueden aprender la geometría y comprenderla; pero no sucede lo mismo con el álgebra y el cálculo integral y diferencial.

”La memoria demasiado pronta, siempre es una fa-

cultad brillante; pero redundante en detrimento de la comprensión; así es que al niño que demuestra demasiada facilidad para retener sus lecciones de memoria, deberá enseñársele aquellas cosas que los obliguen a meditar, como resolver problemas y poner ecuaciones; viceversa, a los lentos de retentiva, deberá enseñárseles a aprender de memoria y a recitar las composiciones escogidas de los grandes poetas; tanto la memoria como el cálculo, están sujetos a fortalecerse por el ejercicio.

”La memoria debe ejercitarse cuanto sea posible, pero jamás fatigarla.

”La estadística es un estudio necesario en los tiempos que atravesamos. Con preferencia se les instruirá en la mecánica y ciencia de ingeniería civil, pero no contra su voluntad, si no tienen inclinación a estos estudios.

”La música no es preciso que la aprendan, sino en el caso que tengan pasión por este arte; pero sí deben poseer aunque sean rudimentos del dibujo lineal, de la astronomía, química y botánica.

”La enseñanza de las buenas costumbres o hábitos sociales es tan esencial como la instrucción. La moral en máximas religiosas y en la práctica conservadora de la salud y de la vida, es una enseñanza que ningún maestro debe descuidar. Los jóvenes deben estudiar el derecho romano como base de la legislación universal.

”Siendo muy difícil apreciar dónde termina el arte y principia la ciencia, si su inclinación les decide aprender algún arte u oficio, yo lo celebraría, pues abundan entre nosotros médicos y abogados, pero nos faltan buenos mecánicos y agricultores que son los que el país necesita para adelantar en prosperidad y bienestar.

”Deberán, si es de su gusto, practicar el baile, que es la poesía del movimiento y que da la gracia y la soltura de las personas, a la vez que es un ejercicio higiénico en

climas templados e inspirarse en el gusto por la sociedad culta, donde el bello sexo ejerce benéfico influjo; y ese respeto a los hombres de edad, saber y posición social que hace a la juventud encantadora, asociándola a las esperanzas del porvenir.”

La entrevista había durado ya largo rato. Irrumpieron en el salón los generales Sucre, Córdova y el guerrillero Lanza, que desde su republiqueta de Ayopaya, hostigó por quince años a los ejércitos españoles. Me retiré apresuradamente, agradeciendo la enorme deferencia que me había hecho el Libertador.

Lo volvería a ver, valiéndome del mismo artefacto imaginado por el novelista inglés, cinco años después, refugiado en la hacienda de un caballero español, en Santa Marta, vecina al mar de Colombia. Sus 47 años de edad parecían casi haberse duplicado con la enfermedad, las traiciones que sufriera de sus compañeros de gesta y sus lugartenientes y los desengaños. En el curso de la revolución había perdido toda la fortuna que heredó y la camisa que llevaba puesta era un regalo de su anfitrión. Pese a su estado de salud y desaliento, accedió a verme por unos minutos, quizá pensando en el momento más glorioso de su carrera, cuando mi país decidió llevar su nombre hasta la eternidad.

—No hay ni fe ni verdad en América, ni entre los hombres ni entre las naciones —me dijo—. Los tratados son simples pedazos de papel, las constituciones son libros, las elecciones son batallas, la libertad es anarquía y la vida es tormento. Esta es nuestra situación, si no la modificamos, mejor será que perezcamos.

Libertador, atiné a contestarle, sus enemigos lo acusan de haber querido hacerse coronar rey o de haber querido imitar a Napoleón.

—Colombia no es Francia, ni yo soy Napoleón . . . Na-

poleón era grande, único y extraordinariamente ambicioso. No soy Napoleón, ni deseé serlo. Tampoco emulé a César y menos aún a Iturbide. Esos ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es una recompensa muy superior a todas las que se hayan ofrecido al orgullo humano. La República ha elevado a este país a la fama y prosperidad; nos ha dado leyes y libertad . . . un trono produciría terror, tanto por su altura, como por su esplendor. Se borraría la igualdad . . . Mis enemigos y mis insensatos amigos han hablado tanto de esa corona, que se me expulsará de Colombia y de América. Se niegan a creer que detesto tanto el poder, como amo la gloria. Gloria no requiere mando, sino la práctica de la gran virtud. Yo quise libertad y fama; logré las dos. ¿Qué más puedo desear?

Perdone mi osadía, me animé a replicar, ¿pero no infringió usted en cierto modo sus principios al aceptar la dictadura de la Gran Colombia y del Perú?

—Mantengo lo que dije a los representantes del Congreso de Angostura: “Solamente una necesidad forzosa, unida a la voluntad imperiosa del pueblo, me habría sometido al terrible y peligroso encargo de dictador y jefe supremo de la República. Pero ya respiro, devolviéndoos esta autoridad que con tanto riesgo y dificultad y pena, he logrado mantener en medio de las tribulaciones más penosas que pueden afligir a un cuerpo social.”

Añadió después de un momento:

—La energía y la fuerza pública, es la salvaguardia de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto y la esperanza de la sociedad. Por lo demás, llamarse jefe para no serlo, es el colmo de la miseria.

—La dictadura que detenté —concluyó diciendo— no tuvo la omnipotencia de la tiranía que aborrezco, fue el sacrificio que ofrecí al orden público.

Pensando que en medio de lamos de libertad, los países nacidos de su gesta han soportado largos períodos de tiranías ignaras, le pregunté su opinión sobre el elemento castrense. Su respuesta fue:

—Son hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos y humillados y miserables y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de su lanza. Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejor. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los traté con una consideración suma y ni aun esta misma consideración es bastante para inspirarles la confianza y la franqueza que debe reinar entre camaradas y conciudadanos.

Convino conmigo en que no eran los mandones de turno los responsables de todo, sino también la división y los odios entre partidos y facciones. Añadió Bolívar refiriéndose a su propia experiencia:

—El país se gobierna ahora por la espada de los que lo defienden y en lugar de ser un cuerpo social, es un campo militar. Por consiguiente, los abusos, las negligencias y la carencia de todo elemento orgánico, es inevitablemente el efecto de aquellos principios que no ha estado en mí poder corregir, por muchas razones: la primera, porque un hombre en muy poco tiempo, y escaso de conocimientos generales, no puede hacerlo todo, ni bien ni mal; segunda, porque me he dedicado exclusivamente a expulsar a nuestros enemigos; tercera, porque hay muchas consideraciones que guardar en este caos asombroso de patriotas, godos, egoístas, blancos, pardos, venezolanos, cundinamarqueses, federalistas, centralistas, republicanos, aristócratas, buenos y malos, y toda la caterva de jerarquías en que se subdividen tan diferentes bandos; de suerte que yo he

tenido muchas veces que ser injusto por política, y no he podido ser justo impunemente.

¿Pero no hay una contradicción entre su adhesión a los principios republicanos y democráticos y su apología de un gobierno fuerte?

—No. Nuestros compatriotas aún no son capaces de ejercitar sus derechos legales —me respondió—. Les faltan aquellas virtudes que distinguen a los verdaderos republicanos. Por otra parte, ¿qué país en la tierra puede proporcionar un sistema de gobierno débil e intrincado como el de esta federación de Estados, en la que facciones distintas luchan entre sí y la guerra amenaza desde el exterior? . . . El Gobierno debe acomodarse a las circunstancias, a la época y a los hombres que comprende. Si éstos son adaptables y prósperos, el Gobierno debe ser indulgente y protector. Pero cuando son peligrosos e indiferentes, el Gobierno debe ser formidable e insensible, sin respeto a la ley o a la Constitución, hasta que la paz se haya establecido. Creo que nuestros enemigos tendrán todas las ventajas mientras no unifiquemos el gobierno de América. Siempre caeremos en la trampa de la guerra civil, y seremos vergonzosamente derrotados por pequeñas hordas de bandidos.

Era profunda la amargura del Libertador en este punto y noté que aún quería desarrollar el tema un poco más. Le pregunté: ¿Quiénes son culpables de la frustración de su obra? Me habló entonces de sus directos colaboradores que se apoderaron de su herencia política.

—Ocupando los primeros destinos —me dijo—, han contrariado mi marcha, han impedido la organización del país; han sembrado la discordia, fomentado los partidos, perdido la moral pública e insubordinado al ejército. Ellos pues, con ciertos grados de diferencia, son los únicos autores de los males de la patria; de la disolución de que está

amenazada la República y de la desastrosa anarquía que se está preparando. Si por el contrario, todos ellos, y los movidos por sus influencias, hubiesen caminado en unión conmigo, de acuerdo y de buena fe, la República, su Gobierno y sus instituciones estarían asentados sobre una roca y nada podría, no digo derribarlos, ni siquiera hacerlos bambolear: los pueblos serían libres y felices, porque con la tranquilidad interior y la confianza todo hubiera progresado; hasta la ilustración y con ella el liberalismo y la verdadera libertad; lo que organizaba lo desbarataban otros, lo que componía otros volvían a descomponerlo y no había medios para impedirlo: si acaso pensaba en hacer un cambio, al momento se me presentaba la certidumbre de que el remedio sería peor que el mal.

El Libertador no logró reponerse de la tremenda impresión que le había causado la noticia del asesinato de Sucre y susurró:

—No se puede hacer nada bueno, porque los hombres buenos han desaparecido y los malos se han multiplicado.

No interrumpí el hilo de su pensamiento hasta que volvió a hablar:

—Las perspectivas de América del Sur me deprimen y entristecen, esta tierra está condenada . . . La ingratitude me ha destruido y ha privado a mi espíritu de todos sus recursos. Estoy decidido a marcharme de Colombia y a morir de pena y miseria en un país extranjero . . . Mi aflicción no tiene límites. La calumnia me estrangula como las serpientes estrangularon a Laocoonte. Ya no puedo aguantar más, estoy cansado, ya tengo bastante . . . Durante veinte años de trabajo hice lo que pude. ¿Quién tiene derecho a exigir más de mí? ¿Y quién exigirá que muera en la cruz? . . . Aun en la cruz, por lo menos pondría fin a mis tormentos. Jesucristo soportó esta vida humana durante treinta y tres años. Yo pasé cuarenta y

seis, y lo peor es que los pasé sin ser un dios que esté por encima del sufrimiento. Ya no puedo aguantar más. Ya no puedo aguantar más: mi corazón me lo dice cien veces por día.

El doctor Próspero Reverend, que atendía al Libertador, entró a la habitación para decirme que debía dejar descansar al ilustre enfermo. Antes de partir, rogué al Libertador que formulara un vaticinio sobre el porvenir y él, lentamente, pronunció estas palabras:

—Este país pasará por todas las formas de gobierno hasta que nazca el día en que la raza anglosajona invada a Hispanoamérica de modo democrático y se forme una inmensa nación que un día conquistará el mar americano y traerá la riqueza y la civilización de Europa a este gran continente. El destino de América es profundo y sublime, pero antes que se cumpla, América experimentará todas las etapas de las naciones medievales.

”No he logrado otro bien que la independencia. Esa fue mi misión. Las naciones que he fundado, luego de prolongada y amarga agonía, sufrirán un eclipse, pero después surgirán como estados de una gran república: América.”

Estas fueron las palabras que recogí de labios del Libertador, valiéndome de un recurso literario. El hecho de que en el ámbito de los países que él conquistó para la libertad existan ahora, después de años y aun décadas, de despotismos y satrapías, gobiernos constitucionales elegidos por votación popular, y que en esta sala, estemos conmemorando a 200 años de su nacimiento y a 153 de su muerte, el XIV aniversario de la suscripción del Acuerdo de Cartagena, son síntomas alentadores de que estamos yendo en la buena dirección, pero que aún no es suficiente y que debemos hacer mucho más si queremos honrar verdaderamente su memoria. Yo pediría, por ejemplo, ahora

y aquí, que nos propongamos seriamente y a todos los niveles, iniciar una nueva campaña de fraternidad: desde hace siglo y medio nos hemos menospreciado y aun odiado demasiado entre bolivianos y peruanos, entre peruanos y ecuatorianos, entre colombianos y venezolanos. Dentro de ese “caos asombroso”, que dijo el Libertador, es imposible avanzar. Por lo menos comprendámonos mejor y busquemos las convergencias antes de seguir insistiendo en las diversidades. El porvenir para nuestros países, desunidos, recelosos entre sí y cargando cada cual, con la pesada cruz del subdesarrollo, no se muestra ciertamente auspicioso. Si la concepción unitaria de Bolívar parecía utópica en el primer cuarto del siglo XIX, ahora, en el último cuarto del siglo XX, resulta no solamente pragmática sino la única viable para asegurarnos un destino mejor.

Bolívar está hoy más vivo que nunca y su ideario es el ideario del porvenir: la libertad como el mayor bien y la unidad como forma de preservarla y enriquecerla; pero con la libertad, la urgencia de la estabilidad y la responsabilidad para no caer otra vez en la anarquía o la tentación del “gendarme necesario”; la justicia social en el marco de democracias en las que quienes manejen la cosa pública lo hagan con eficiencia y honestidad intachables y en las que la ciudadanía haga respetar sus derechos pero también esté dispuesta a cumplir con sus obligaciones; sociedades en fin, capaces de rescatar lo mejor que nos viene del pasado —y en esa herencia mejor se halla el pensamiento bolivariano—, pero también conscientes de que estamos entrando ahora, casi a ciegas, a una fase de la evolución humana mucho más compleja, exigente y peligrosa que la que conocieron nuestros tatarabuelos de la independencia, una fase de armas absolutas, de grandes confederaciones políticas, de conquista del espacio o de descubrimiento del código genético.

En los umbrales del siglo XXI, levantémonos los descendientes de Bolívar a la altura de ese desafío que él habría aceptado con ánimo seguro y mente abierta, a la cabeza de todos nosotros.

[Washington, D. C., septiembre de 1983]